

Solamente se depura por selección el mineral de clase inferior. La explotación es abundante, barata y rinde 300.000 toneladas anuales. Muchos buques proceden de Inglaterra.

La montaña, explotada ya por los etruscos y romanos (1), parece inagotable. A medida que se la excava más profundamente, toma aspectos de cráteres lunares, en los que la faz de los mineros, cubierta del polvillo herrumbroso que el sudor pega á la piel, desaparece bajo la deslumbrante reverberación del sol en las desnudas paredes, y las pajuelas de metal relucen heridas por sus implacables rayos, como si los pies hollaran espléndidas alfombras de diamantes.

Al regreso vuelvo á ver gozoso la solitaria y dulcemente elísea garganta de Montserrat, y el límpido golfo, en que se miran los baluartes y torres genovesas de Porto-Ferrajo. Sin embargo, es por poco tiempo, pues la mancha está á punto de extenderse. Hasta hoy Río Marina, oculto tras una muralla de montañas, permanecía quieto en su rincón. El resto de la isla estaba intacto, pero todo va á mudar de aspecto.

En plena bahía de Porto-Ferrajo se abren los altos hornos. Dos chimeneas, de ochenta metros de elevación, truncan el admirable pasaje, y se yerguen rígidas y rojas como dos monstruosos brazos de guillotina. Pronto vomitarán sobre el espléndido azul de la isla su negro humo, iluminado por intermitentes llamaradas. En donde reinaba el rutilante Febo, se ha instalado Vulcano con sus ciclopes, que, tiznados de hollín, soplan los fuelles.

¿Cree el lector que protestaron los vecinos de Porto-Ferrajo? Que la Compañía minera dilate su negocio, es muy natural, desde el punto de vista de sus intereses; pero, ¿qué dijeron los vecinos, cuyo ambiente va á emponzoñarse y cuyo cielo á enturbiarse? Se regocijaron al ver el establecimiento de una «administración» que iba á realizar los sueños propios de las gentes meridionales, proporcionándoles plazas de porteros, conserjes y empleados. No se percataron de que la industria privada, á diferencia de la del Estado, no sostiene empleados inútiles, y que en los altos hornos se necesitan más bien fogoneros que chupatintas. Ciertamente había ganancia, pero no leyendo el dia-

(1) Excavando el suelo se encuentran monedas de plata y cobre.

rio, repantigado en una butaca, sino atiborrando de carbón las fauces del horno. Los que tenían un oficio menudo y apacible, los labriegos que cultivaban su hijuela, se convertirán en mineros de tez tostada y pecho enjuto. Como los pueblos africanos que bailan en torno de ídolos sedientos de sangre, así brincaron aquellos isleños de júbilo en torno del Moloch que se disponía á devorarlos.

* * *

Tal es el aspecto general de la isla. Aparte de las dos carreteras de Marciana y de Río, que la atraviesan de punta á punta, en una extensión de sesenta kilómetros, con innumerables puentes y circuitos, no hay más camino rodado de importancia que el de Campo, la última población considerable de la isla, célebre por las canteras de granito, de que Pisa sacaba las columnas de sus templos y palacios. Mucho tiempo después de la decadencia de Pisa, se veían esparcidos por el suelo de estas canteras, fustes, capiteles y zócalos de columna á medio labrar, como despojos de una magnificencia súbitamente extinguida. Sobre el pequeño puerto de Campo del Mar, trepa por la montaña la aldea de San Pedro del Campo. Constantemente vemos el pueblo montanero como nido de águila para refugio del pueblo marino. Los demás caminos son de herradura, que salvan cimas recortadas, cabos inaccesibles y golfos profundísimos.

El escalar cuantos picos erizan la isla de Elba fatigaría los ijares más ejercitados y marearía las cabezas menos propensas al vértigo. Frente á Porto-Ferrajo, en la punta de un picacho de 394 metros de altura, se distinguen los restos de una fortaleza por cuyas puertas y ventanas pasan las nubes. Fué la fortaleza de Volterrajo. El Emperador quiso llegar hasta allí en uno de sus paseos por la isla, pero desistió de la escabrosa ascensión ante el temor de cuantos le acompañaban. ¿Cómo levantaron los hombres aquellos muros en un picacho que no es posible hollar sin riesgo de muerte? La tradición popular dice que fué obra de un gigante, pues sólo seres sobrenaturales pueden haber habitado en semejante morada y acaso habiten todavía. La fortaleza era capaz para 500 hombres, y el agua de lluvia se recogía en cisternas.

El punto culminante de la isla es el monte Capanne, vecino del monte Giove, que mide 1.006 metros de altura, según los geógrafos antiguos, y 1.019, según los cálculos modernos.

La anchura máxima de la isla es de 27 kilómetros de Este á Oeste y de 18 de Norte á Sur. El contorno mide 85 kilómetros con todas las escotaduras, golfos, cabos y sinuosidades.

Las mujeres elbanas son hermosas y de facciones regulares. Tienen el cutis blanco como la leche, y el pelo largo, fino y ligeramente ondulado. Algunas son, por excepción, rojirrubias como las florentinas.

Respecto á la historia de la isla de Elba, es como la de casi todas las mediterráneas, un tejido de miserias. No hubo pueblo con galera armada que dejase de disputar á sangre y fuego la posesión de estas tierras flotantes, que, por no pertenecer á nadie, pueden ser de todo el mundo. Por su exigüidad, podía haber escapado la isla de Elba á tantas codicias, pero las pingües y al par funestas minas de hierro, ocasionaron su desgracia y atrajeron al extranjero.

Mucho antes de la fundación de Roma la colonizaron los etruscos, á quienes sucedieron cartagineses y romanos, que enviaron á ella legiones de esclavos para beneficiar las minas. A la caída del imperio romano, los godos, visigodos y ostrogodos atravesaron el estrecho para apoderarse de ella y anegarla en sangre. Cae después sucesivamente en manos de los lombardos, alemanes, pisanos, genoveses y españoles. Aparecen luego los franceses en escena, y, declarada la guerra entre Francisco I y Carlos V, el sultán Solimán, aliado de Francia, envía contra Italia é islas adyacentes la flota otomana, al mando del famoso pirata Barbarroja, cuya feliz audacia y sanguinario valor le habían aquistado el empleo de almirante. No satisfecho con lanzar sobre la costa granadas encendidas, desembarca en la isla y la pasa á sangre y fuego, sin perdonar vidas de niños ni mujeres. Aquella devastación tan sangrienta, como propia de turcos, dejó despoblada la isla hasta el punto de que fué preciso enviar después colonos, pues los pocos que habían escapado á la matanza, eran impotentes para sobreponerse sin auxilio á tamaño desastre.

En 1548, Cosme de Médicis, duque de Florencia, anexionó la isla de Elba al señorío de Piombino, fundando entonces la actual Porto-

Ferrajo con el nombre de Cosmópolis, que conservó hasta comienzos del siglo XIX (1). Mas no pararon aquí las desgracias de la isla. Italianos, españoles, turcos y franceses continuaron disputándose este pedazo de tierra, sin contar los piratas argelinos, que saqueaban frecuentemente las costas, y los ingleses, que empezaban á codiciar un punto de observación amenazadora contra Italia y Córcega.

Pero la isla llega á cansarse de su mísera suerte y acecha la ocasión de librarse de sus opresores. En 1799, so pretexto de un rompimiento con Toscana, ocupa Francia á Porto-Ferrajo. Los elbenses fingieron someterse para preparar en secreto una formidable y sangrienta sublevación. El ángel exterminador señaló las casas en donde había franceses, y la matanza fué simultánea en toda la isla. En estas nuevas *Visperas sicilianas* se dió libertad á los presidiarios para que acosaran como á fieras á los pocos que se habían refugiado en la montaña. Los vecinos de Capoliveri no desmintieron su siniestra nombradía. Brindaron asilo en la ciudad á los franceses fugitivos, y cuando los tuvieron indefensos, de murallas adentro, los degollaron despiadadamente, descuartizaron los cadáveres y pasearon triunfalmente los macabros despojos, á remedo de los bárbaros de Alarico y de Atila.

Sin embargo, en 1801, la escuadra francesa bloqueó á Porto-Ferrajo, bombardeándolo en 1802, y en este mismo año fué la isla anexionada á Francia por el tratado de Amiens. Los elbenses enviaron á París una diputación, que presentó sus respetos al Primer cónsul (quien estaba lejos de prever el porvenir), atestiguándole la fidelidad de sus conciudadanos, que desde entonces se consideraban como verdaderos franceses y solicitaban en cambio protección contra cualquier otro invasor. En efecto, poco después, las tropas elbenses rechazaron en cooperación con las francesas un ataque de los ingleses.

Cuando, al cabo de doce años, el tratado de Fontainebleau cedió la isla á Napoleón, contaba 12.000 habitantes, cuya cultura intelectual y bienestar material dejaban mucho que desear, pues las pobres gentes habían estado constantemente ocupadas en defender sus vidas

(1) Cosmópolis ó ciudad de Cosme. Sobre la carcomida puerta de encina del fuerte del Halcón, que señorea la ciudad, se lee esta inscripción: «*TEMPLA, MOENIA, DOMOS, ARAS, PORTUM—COMUS MED. FLORENTI.—A FUNDAMENTIS EREXIT—A. D. MDXLVIII.*» (Cosme de Médicis, de Florencia, levantó de planta estos templos, murallas, casas, altares y puerto, el año del Señor 1548.)

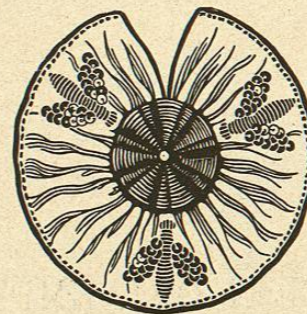
y haciendas, sin tiempo de iniciarse en los progresos de la civilización, que sólo se les manifestaban por bombardeos é incendios de cada vez más estragadora perfección.

En las casas, con aposentos de techo bajo, dormía toda la familia hasta siete personas en una misma cama, sin distinción de sexos y completamente desnudos. La gente del campo y los pueblerinos de clase baja tenían utensilios de barro y su alimento eran legumbres secas del continente, quesos bastos de oveja, pan grosero y mal sano y carnes en salazón. En el vino, toscamente elaborado, ponían jengibre, lo que daba mayor irritabilidad al régimen alimenticio. De las castañas hacían una polenta, al estilo de la corsa, y unas galletas que se conservaban de un año para otro. Los habitantes de la costa se alimentaban casi exclusivamente de pescado, y además del comercio de cabotaje, obtenían también algún provecho de la pesca del coral, y en otro tiempo de las madreporas, que se habían extinguido por falta de precauciones convenientes á su reproducción. La pesca del atún, que desde los tiempos de Estrabón se efectuaba dos veces al año en aguas de la isla, estaba monopolizada, lo mismo que las salinas y minas, por los dominadores de turno, de suerte que sólo enriquecían á los concesionarios y á los extranjeros.

Tan sólo en Porto-Ferraio, capital de la isla, había cierta sociedad de clase media. El puerto recordaba algo del esplendor que alcanzara en tiempos de los duques de Florencia, pero guerras y bloqueos debilitaron su pujanza. Porto-Ferraio y Marciana Marina eran rivales en comercio marítimo. La importancia de Porto-Longone era exclusivamente militar.

Por extraño contraste, este pueblo, de costumbres tan primitivas y de tan mísera suerte, gustaba de recitar los domingos en la plaza pública versos del Tasso y de Ariosto, y amenizaba sus fiestas con improvisados certámenes poéticos. Así es que unos viajeros pintaban á los elbenses como salvajes, y otros como gentes cultas y de trato suave. El principal llamativo de las mujeres, que allí son ya núbiles á los trece años, consistía en un sombrero de paja negra y alas anchas con adornos de cintas, aretes de oro en las orejas, y largos, estrechos y ceñidos corpiños, semejantes á argollas, en que se las encerraba desde niñas.

Por desconocimiento completo de la higiene, y como resultado de una alimentación del todo opuesta á la salud, azotaban la isla gran número de enfermedades, que, como la lepra, sarna, escorbuto, disenteria y tífus, encuentran propicio ambiente en los climas cálidos. Además, los pantanos determinaban en los pueblos colindantes las intermitentes fiebres infecciosas, que aun hoy devastan la costa oriental de Córcega y atacan á cuantos se exponen á la fría escarcha del crepúsculo.



ESCARAPELA DE NAPOLEÓN EN LA ISLA DE ELBA
(fondo plata, botón central de seda color naranja rojo
y tres abejas de oro)